

FLÓBERT ZAPATA

Despertar con delirio

¿El infierno? Esa hora
en que darías todo por un trago,
venas que arden por una cara.
Tus manos no te sirven para llegar al vaso,
que te mira y te humilla, que maldice y se aleja,
dejándote caballos en el aire,
que quieren golpearte y te perdonan,
¿por qué pides amor si no lo has dado?
No puedes, aunque luchas, saber en dónde te hallas.
Acostado, ¿es tu cama?, ¿quién te trajo?
El vaso está vacío
aunque no puedas darte cuenta,
anestesiado de gloria sin abrazos,
nativo de otro mundo,
no tan lejano sin embargo para perderte.
Es que una vez al año,
y es tu turno esta madrugada,
los bebedores muertos regresan a la vida
y se toman todo el licor
de los bebedores vivientes,
que solitarios y derrotados sueñan
en su humeante sombra de blancas sábanas
con un vaso colmado como la dicha.
Se ha secado el pozo para tu temblorosa
y desgarrada sed,
ínepto te preguntas si estás en un prostíbulo,
un azul pleno comienza a entrar por la ventana.

El último

Estoy enfermo, madre, de licor,
infecto de botellas.
Soy el que nunca falta,
el último que se retira de las fiestas,
con infinita sed, tal si la leche
que me dieron tus pechos fuera falsa.
Y, sin embargo, quiero para mí
todos los senos de la tierra,
las palabras nodrizas todas para mi boca.
Madre, tengo úlcera en el corazón,
vieras como me pide que lo arranque,
lo acrisole, lo sane
y haga con él dos cuencos para el vino.
Vivo confuso, un poco loco.
Por el cielo agujereado
cae mucha agua,
sucia desde antes de tocar el suelo.
Dime, ¿por qué no tengo a nadie?
Estoy enfermo, madre,
de borracheras, de desafortunados cráneos
que debo digerir como manzanas.
Mis almuerzos son dedos mutilados,
unos por mala sangre,
otros por la barbarie,
y agua de piernas moradas
de golpearse en las piedras del río.

Me avergüenza, perdóname, lo que te contaré.
Después de que he bebido
setenta horas, voy
a la venta de senos
para enterrar esta tristeza
que se escribe con ceros.
Estoy enfermo, madre, de testículos,
de vómitos, de copas.
Doy fiestas para siete: yo y mis fantasmas;
y ellos seis en la madrugada
me echan de mi propia casa,
me lanzan a patadas a la calle,
y me adjudican un teléfono
con línea directa a seres de ceniza
que me escupen y me silencian.
Casi no soy tu hijo:
té de orines de rata y no agua, hay en mis ojos.

La copa es tu mirada

He llegado a lavarme los dientes con cerveza
como si fuera agua.
El brandy me sabe a café
y el café a lodo sin olor.
Me tortura afeitarme, el pulso me traiciona,
me corto algunas veces
y eso que bebo sólo mi cuota indispensable.
Supe que hay una ciencia
que estudia la elaboración de vinos;
se llama Enología, pudo ser mi carrera
pero ya no estudié ni estudiaré.
Soy la agobiada estrella del sermón
de un senil cura
sobre la perdición y la bebida,
una que se refleja sólo en charcas.
No alcanzo a ser siquiera una parábola.
Reza para que no me arrolle un auto.

Momento de gloria

En vista de que no podemos ser felices,
bebamos una copa, para el frío.
Una segunda, antorcha es la palabra.
Un poco más, destapemos un frasco.
Y otro. Y un tercero.
Hasta embriagarnos lo suficiente
para olvidar que duele
demasiado la vida
y que las cosas de este mundo
lloran inconsolables, silenciosas.
Aunque volvamos luego a la conciencia
con una capa menos en la voz,
con una nueva lámina de cobre en la fatiga;
mínimos personajes de un bolero
no cantado por nadie, que nadie va a cantar,
que nadie se sabrá, que nadie sabe. ■

Flóbert Zapata (Colombia)

Caldas, 1958. Ha publicado, entre otros, los libros de poesía *Copia del insecto* (1991), *Después del colegio* (1994), *Declaraciones* (1999), *Ataúd tallado a mano* (2006) y el libro de cuentos breves *La bestia danzante* (1995). Coautor de *Cuento caldense actual* (1993). Ha obtenido los siguientes premios: Universidad de Antioquia, 1993; Ciudad de Chiquinquirá, 1999; Antonio Llanos, 2001. Además, fue finalista del premio de poesía del Ministerio de Cultura en las ediciones 1997, 2001 y 2002.